



El Arzobispo
de Santiago de Compostela

CARTA PASTORAL EN LA JORNADA DEL ENFERMO Pascua 2007

Queridos diocesanos:

La Jornada de la Pascua del Enfermo este año reclama nuestra atención hacia los enfermos incurables con enfermedades terminales, situación agravada cuando no se encuentran los recursos médicos necesarios más elementales. La respuesta a su dolor es una presencia atenta, llena de calor humano y amor, manifestados en el afecto de sus seres queridos y del personal cuidador para asumir su sufrimiento con dignidad. Estos enfermos son una llamada a la solidaridad humana. Si todo acompañamiento en la enfermedad requiere afinar la sensibilidad y el silencio del alma, de manera especial en esas circunstancias, en las que todo apoyo humano y espiritual siempre será poco.

Los interrogantes de la enfermedad

Como nos dice el Papa Benedicto XVI en su Mensaje, “la enfermedad conlleva inevitablemente un momento de crisis y de seria confrontación con la situación personal. Los avances de las ciencias médicas proporcionan a menudo los medios necesarios para afrontar este desafío, por lo menos con respecto a los aspectos físicos. Sin embargo, la vida humana tiene sus límites intrínsecos, y tarde o temprano termina con la muerte. Esta es una experiencia a la que todo ser humano está llamado, y para la cual debe estar preparado”. En la enfermedad algunos días aparecen desdibujados y sólo quienes acompañan pueden configurarlos y ponerles color; las noches se hacen largas y aunque uno quiera dar pasos muy rápidos, el horizonte parece alejarse. Es el momento de tantas preguntas que buscan respuesta. El enfermo se da cuenta de que las propias limitaciones ha de llevarlas sobre los hombros de los demás, esos buenos samaritanos que además de curar nuestras heridas, están siempre dispuestos a dejarnos esos denarios de su humanidad y de su espiritualidad para que la estancia en la posada de la enfermedad sea llevadera. Y en este sentido se percibe que es mucho lo que tenemos que agradecer en una situación en la que se siente tanto la necesidad de pedir.

Jesús en Betania

Hemos de comprender la enfermedad como *ocasión de escucha* imitando a María, la hermana de Lázaro, a los pies de Jesús; *espacio de servicio* viendo la actitud de la diligente Marta reflejada en tantas personas cuya preocupación no es otra que la atención al enfermo; *manifestación de vida* pues en Betania Jesús resucita a su amigo Lázaro cuando la muerte parecía prevalecer. Es ese duelo constante entre la vida y la muerte que se convierte en zozobra latente sobre todo en la persona con enfermedad grave. Cuantas veces, como Marta, deseamos decirle a Jesús:



El Arzobispo
de Santiago de Compostela

“Si tu hubieras estado aquí, esto no habría acontecido”. Ese diálogo ha de llevar a la confianza en los planes de Dios que no siempre coinciden con los nuestros. El creyente sabe que para los que aman a Dios todo lo que acontece en su vida sirve para su bien, y que es discípulo de Cristo quien “en lugar del gozo que se le proponía, soportó la cruz” (Heb 12,2). En los momentos de abatimiento podemos negar la enfermedad y rechazar a Dios, pero no debemos olvidar que *“la felicidad es lo que el Señor nos quiere dar, no lo que nosotros queramos tener”* y que Dios no se olvida de nosotros pues cuando uno lo invoca, El nos escucha. Lo que somos no deja de ser con el deterioro de nuestra condición física o incluso con su desaparición. “El Señor Jesucristo transfigurará nuestro humilde cuerpo conforme a su cuerpo glorioso en virtud del poder que tiene para someter a sí todas las cosas” (Fil 3,21). Este es el mensaje consolador para quien asiste a la desfiguración de su propio cuerpo o de un ser querido.

No desperdiciar el sufrimiento

Es motivo de esperanza pensar que nuestros sufrimientos unidos a los de Cristo, nunca son vanos y que siempre son propicios para las necesidades de la Iglesia y del mundo, sintiendo el gozo de poder “completar en [nuestra] carne lo que falta a las pruebas de Cristo por su cuerpo que es la Iglesia” (Col 1,24). Es mucho el sufrimiento que como un surtidor brota de tantos y tantos enfermos. Como el pan que sobró en la multiplicación de los panes para saciar el hambre de los que seguían a Jesús, también se ha de recoger ese sufrimiento en la cesta de la existencia de cada uno para ofrecerlo por los que puedan necesitarlo, procurando que nada del mismo se desperdicie y siendo testigos de la confianza en la misericordia de Dios. La Iglesia “a través de cada uno de sus miembros y de sus instituciones sigue estando al lado de los que sufren y de los moribundos, tratando de preservar su dignidad en esos momentos tan significativos de la existencia humana” en los hospitales, las unidades de cuidados paliativos, las calles de las ciudades, las parroquias y las casas.

Recordemos con todo agradecimiento y afecto a las personas que de una u otra forma sirven a los enfermos curando sus dolencias físicas y espirituales. Con la intercesión de María, salud de los enfermos, pedimos por todos los enfermos para que se vean confortados en los momentos nunca fáciles de la enfermedad y los vivan con serenidad.

Os saluda con afecto y bendice en el Señor,

+Julián Barrio Barrio,
Arzobispo de Santiago de Compostela